

JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

EL LABORATORIO DEL PÁNICO



DESTINO



SUPERSUSTOS

JEFF CREEPY

EL LABORATORIO DEL PÁNICO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Testing time*

© del texto y de las ilustraciones: Editorial Planeta, S. A, 2018

© de la traducción: Koldo Biguri, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18714-1

Depósito legal: B. 7.721-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Amy se paró delante del riachuelo. Al otro lado estaba el camino que conducía al misterioso Bosque Negruzco. Solo tenía que saltarlo y se encontraría allí, entre sus enredaderas y sus frondosos árboles.

Respiró hondo, se apartó un mechón de pelo de la cara y se preparó para saltar.

—¡ESPERA!

Amy frenó en seco al escuchar la voz gruñona de su hermano. El larguirucho Matt solo era un año mayor que ella, pero siempre estaba diciéndole lo que tenía que hacer.

—Quítate la mochila primero —le ordenó.

—¡Grrr! —gruñó Amy—. ¿Por qué?

—No podrás saltar bien con tanto peso.

Amy agarró aún más fuerte su mochila.

Detrás de ellos, sus amigos Ethan y Georgia se miraron. Todo el rato era lo mismo: daba igual lo que propusiese Amy, Matt siempre tenía una idea mejor.

—Esas rocas parecen muy viscosas —bromeó Georgia.

Amy puso cara de exasperación y, antes de que nadie pudiera detenerla, saltó sobre el riachuelo lanzando un grito salvaje. Sus pies aterrizaron sin problemas sobre las rocas; se dio la vuelta y miró a su hermano con cara de «te lo dije».

—¡Así se hace, Amy! —gritó Ethan, dando un puñetazo al aire mientras Matt se encogía de hombros.

—¡Es muy fácil! —exclamó Amy—. ¿Quién se atreve?

Matt cruzó sin dificultad. Georgia también, dando unos cuantos saltitos entremedios. Solo faltaba Ethan, que miraba hacia la orilla opuesta con un poco de miedo. Se ajustó con cuidado las gafas sobre la nariz y se restregó una mano contra la otra.



—¡Allá voy!

Ethan corrió hasta el borde del riachuelo, pero su salto fue un desastre y acabó zambulléndose en el agua hasta las rodillas y chapoteando como una trucha enfadada.

—¡ARGGGG! —gritó—. ¡Sacadme de aquí! ¡Esto está más frío que el sobaco de un oso polar!

Amy le dio la mano y lo ayudó a subir.

—¡Despacito! —se burló Georgia.

—¡A ver, listillo! —se rio Matt—, ¿cómo sabes tú lo fríos que están los sobacos de un oso polar?



—¡Dejadme en paz! —exclamó Ethan, frotándose el tobillo y cambiando rápidamente de tema—. Al menos ya estamos aquí, en el Bosque Negruzco.

Los cuatro miraron a su alrededor. Los pinos se alzaban silenciosos en la penumbra, frondosos y apretujados como tumbas en un cementerio. Las enredaderas se enroscaban entre la hojarasca del suelo.

Se habían pegado unas buenas horas de caminata para llegar a ese lugar. Había sido idea de Matt pasar las vacaciones de verano acampando en medio del bosque: estarían a kilómetros de distancia de todo el mundo, y más lejos de casa de lo que habían estado nunca.

Un trueno se oyó en la lejanía. El cielo se volvió de un gris oscuro plumizo y Amy notó en la cara cómo la brisa se había enfriado de repente.

—¡Genial...! —exclamó—. Y ahora una tormenta. Si no montamos las tiendas rápido, acabaremos empapados.

—Esto... ¿Hola? —Ethan señaló su pantalón corto y sus zapatos, que chorreaban agua.

—Vale, vale —replicó Amy—. Acabaremos empapados los demás.

Amy los condujo a todos hacia el interior del bosque. Pero todavía no habían andado demasiado cuando Ethan empezó a quejarse.

—¡Ay! —gimió—. Me duele.

—¿El qué? —preguntó Amy.

—El tobillo —gimoteó Ethan—. Creo que me lo he torcido al saltar el riachuelo.

Georgia se arrodilló para echarle un vistazo. Cortó el cordón con su cuchillo y le quitó la bota con mucho cuidado. El tobillo de Ethan estaba rojo e hinchado.

—¡Lo que faltaba! —refunfuñó Matt.

—¡Oye! —le dijo Amy, dándole un pequeño empujón—, ¡que ha sido cosa tuya venir aquí!

—Ya, dicen que este bosque está encantado, ¿no? —Ethan forzó una sonrisa mientras limpiaba el barro que le había salpicado las gafas.

—No, Ethan —negó Georgia, mirándolo fijamente—. No existen ni las maldiciones, ni los magos, ni los hechiceros de los bosques. Así que, venga..., ¡todos a montar las tiendas de campaña!

Amy se puso manos a la obra, olvidándose de las historias de Ethan sobre bosques encantados. Claro que existían esas historias, pero no dejaban de ser invenciones que no se creía nadie. Y ellos tenían cosas más importantes que hacer.

Amy ayudó a Georgia a sacar las piezas de su tienda de campaña, poniéndolas sobre el suelo con bastante más orden que los chicos, pero enseguida se dio cuenta de que faltaba algo: las piquetas que debían sostener la tienda no aparecían por ninguna parte.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—Por favor, dime que no se te han olvidado las piquetas, Amy —le advirtió Georgia con una sonrisa tensa—. Eres mi mejor amiga... ¡No me gustaría tener que matarte!

—Todo controlado —dijo Amy, volviendo a incorporarse—. No se me han olvidado, sé muy bien dónde están.

Matt también se puso en pie rápidamente.

—¿Amy?

—Vuelvo enseguida.

—¡AMY!

Su voz se perdió en la distancia.

Las pisadas de Amy resonaban con fuerza sobre el camino mientras corría hasta el riachuelo. La bolsita negra con las piquetas debía de estar allí, en el suelo. Más le valía. Porque, si no podían montar su tienda de campaña, tendrían que dormir en la de Matt y Ethan. Y, antes que eso, Amy prefería que la partiese un rayo.

«Primero lo de Ethan y ahora esto —se rio—. No, si al final va a resultar que es cierto que este bosque está encantado.»

Cada vez había menos luz y la lluvia no paraba de repiquetear al caer sobre el camino. Amy llegó a la orilla del riachuelo antes de lo que se había imaginado y, de repente, al caer en la cuenta de que estaba completamente sola, se le pusieron de punta los pelos de los brazos y notó un escalofrío bajándole por la espalda. Tenía la sensación de que algo no iba bien.

«Te lo estás imaginando —pensó—. Contrólate.»

Para su alivio, allí estaba la bolsa de las piquetas, apenas visible en la oscuridad. Se agachó para

cogerla, pero, justo en ese momento, oyó un ruido entre los arbustos de la otra orilla del riachuelo: el chasquido de una rama seca que sonó como un disparo en medio de aquel escalofriante bosque.

—¿Hola? —trató de decir, pero la palabra se le atascó en la garganta. Su corazón seguía latiendo frenéticamente a causa de la carrera que se había pegado. Y ahora el miedo comenzaba a helarle la sangre.

Amy giró la cabeza y se quedó pasmada. Algo surgió de entre las sombras: era un viejo con la cara llena de arrugas, los ojos penetrantes y la melena despeinada. Tenía la boca medio abierta y se le veían los dientes viejos y amarillentos.

Amy dio un paso atrás.

El hombre se movía intentando no hacer ruido. Su bata blanca y sus ojos azules como el hielo taladraban la oscuridad. Parecía un espíritu maligno del bosque, brillando entre los árboles.

Deprisa, demasiado deprisa, el hombre levantó un brazo. Amy chilló.